

Rafael Ma. Mercedes

MI POEMA.

El autor

MFN 1473

5

POR

88.382

Remigio Crespo T.

GUERRA.

República del Ecuador.

31 DE MAYO
DE 1885.

IMPRESO POR
BENIGNO ULLAURI.

MI POEMA.

A MI MADRE.

Introducción.

Amor de los amores infinito,
Amor casto y bendito !
Del Cielo sacro amor ! aun me consume
Tu recuerdo apacible ; y su ambrosía
Queda en el alma mía
Cual del vino en el ánfora, el perfume.

II.

Del alba huidas ya las claridades,
Cubren las tempestades
De sombra el cielo azul ; y en lontananza,
Bañando en luz el ámbito sombrío,
Sólo queda, Dios mío,
El faro de tu amor y tu esperanza.

III.

¡ Veloz carrera del amor humano !
Como fulgor temprano,
Luce en el alma y desaparece, y luego
Marchita de otros tiempos la inocencia,
Viene letal dolencia,
La muerte y de las tumbas el sosiego !

IV.

¡ Ay la primera edad ! bendita sea !
 Si cuna en pobre aldea
Hubieron mis amores celestiales,
Allí pusiste tú, Virgen María,
 Adentro el alma mía
Serena luz de días inmortales.

V.

Y yo te amé con íntimo cariño,
 Con el candor del niño
Y el anhelo de virgen inocente...
Sentía puro afán, ansias divinas...
 Y hoy ¡ cuán pronto declinas
De esa aurora fugaz, alma doliente !...

VI.

¡ Oh madre del Amor y la Hermosura,
 Vestida de luz pura,
Te ví ! y abierto el labio á la sonrisa
Como al rocío el seno de la rosa ;
 Y blanda y melodiosa
Era tu voz la voz de mansa brisa !

VII.

Aurora de los cielos ; cuán distinta
 Teñía tu áurea tinta
Nuestros nativos valles, do himno santo
Alzaban la virtud y aves parleras
 En las horas primeras
En que á su voz juntábase mi canto.

VIII.

¡ Dulzuras de otro tiempo ! Seductora,
 Mas ya apagada aurora,
Vuestro recuerdo al ánima acobarda !

Pues yo que camino hoy mudo y sin guía,
Entonce aun no reñía
Con mi madre y el Angel de mi guarda.

IX.

¡ Salve luz de otros soles ! En su angustia,
Te busca mi alma mustia !
Del inocente espíritu el reposo
¡ Hoy torne, pues mi vida está de duelo,
Y está asombrado el cielo
Y siento ya el combate tormentoso !...

¡ Es Ella !

X.

Al despuntar la luz de la alborada
Y en la noche callada,
¡ Oh Virgen ! te veía.—“ Escucha, hijo,
La Virgen mueve el sol, el sol enciende
Y las sombras extiende ”—
Mi madre como en éxtasis me dijo.

XI.

—¡ Quién de las ondas el raudal de plata
En la yerba desata,
Y alumbra sobre el monte, en esa estrella.
¡ Quién el oculto seno á la flor tiñe
Y cual con manto ciñe
De arreboles la cumbre ? Es ella ! es Ella !

XII.

Ella alienta en el cáliz de las flores,
Ella habla en los rumores
Plácidos del jardín ; Ella despliega
El tierno laberinto del capullo,
Canta con el murmullo
Del agua triste, y con las brisas llega.

XIII.

Habita, pues es suya, la cabaña,
 Y en la oscura montaña
 Guía al pastor sencillo; y en la cuna
 El sueño vela del infante inerme,
 Y su inquietud aduerme,
 Y le alumbra con rayos de la luna.

XIV.

Ante sus aras las doncellas lloran
 Y las madres le imploran,
 Confiado el marinero la saluda,
 Pídele el pobre pan, paz el que gime
 Y Ella al mundo redime:
 Que es al hielo calor, sol á la duda.

XV.

Constante, al aquejarnos amargura,
 El cáliz de dulzura
 Pone á los labios yertos, y derrama
 En limpia fuente gracias bienhechoras,
 Y nuestras tristes horas
 Con su amor llena, con su amor inflama !....

Alboradas.

XVI.

Cual de un sol mustio pálidos reflejos
 De allá lejos, muy lejos,
 Viene el recuerdo de mi edad primera !
 ¡ Allá en el cielo azul ¡ qué resplandores !
 Y nubes y colores !...
 Dadme volver atrás ! Ah ! si volviera !...

XVII.

Aun miro, como en sueños, altos montes,
 Serenos horizontes

— 1 —
Y una heredad oculta en la arboleda ;
Brillando el río entre las verdes cañas
Y pajizas cabañas.....
¡ Sólo memoria de esas cosas que^{3a} !

XVIII.

En ese humilde nido de palomas,
Al pié de verdes lomas,
Del cielo con los ángeles en cita,
Al rumor de un arroyo, soñadora,
Pasó mi dulce aurora,
En paz amable y soledad bendita !

XIX.

La juguetona luz de la mañana
Cruzaba mi ventana
En bullidores haces transparente,
Y rocío sutil aglomerado
Por el opuesto lado
Cubría la hoja del cristal luciente.

XX.

Y en el alma aun presentes las visiones
Y los trémulos sonos
De un himno santo oído en un ensueño,
Cuando la voz materna nos decía :
“Despertad ¡ llegó el día !”,
A ese acento de amor huía el sueño.

XXI.

Y como tierno y meliodoso trino,
Cual cántico divino,
Al resonar la voz del campanario
Allá de la colina en la eminencia,
Se oía la cadencia
De las alternas notas del Rosario.

XXII.

Y encendiase más la luz escasa
Y llenaba la casa
De la plegaria el apacible acento ;
Los ángeles amigos acudían ;
Y las ramas gemían
Como liras pulsadas por el viento.

XXIII.

Y en turba inmensa á que el amor concierto
Ofrecía, en el huerto
El canto alzaban pájaros sencillos,
Su voz juntando á nuestro coro ardiente :
Y decía la gente
“ Rezan y aman tambien los pajarillos.”

XXIV.

Mientras cantaba el gallo vigilante
Allí y en la distante
Heredad, los devotos labradores,
¡ Comienzo santo de la lid diaria !
Alzaban la plegaria
Ante su cruz de espigas y de flores.

XXV.

Y en el humilde templo de la aldea,
“ ¡ Qué bienvenida sea
“ Tu apetecida luz ”, cantaba el Cura ;
“ Padre, mi labio con amor te nombra ;
“ Cubra tu angusta sombra
“ Mi grey que en tus favores se asegura !”

XXVI.

El maestro, en la escuela, al santo rezo
Adiestraba al travieso
Niño en tanto los otros le escuchaban ;

Y luego, de palomas casto nido,
Con acento sentido,
Sus inocentes voces resonaban.

XXVII.

Y la grata cadencia del Rosario
Llenaba el solitario
Monte, y el bosque y la olvidada choza....
¡ Doquiera suenas cántico sublime,
Allí donde se gime
Y se llora, doquier que se ama y goza !

XXVIII.

Con polvo y mustia la marchita frente,
Torno la faz doliente
A esas albas brillantes de oro y grana ;
Y llénase la copa de mi llanto,
Pues aun amo el encanto
De la inocente luz de una mañana....

XXIX.

De esa mañana en que, cual nunca, el alma
Como la brisa en calma
Se aduerme dentro el cáliz de las flores,
En tu seno durmió, Madre querida,
Y de una easta vida
El vaso derramó de los amores !

XXX.

Ay ! el instante aquél, en inefable
Paz, Virgen adorable,
Te rendí de mi amor el juramento,
Y derramé las lágrimas primeras,
Y en mi sien las ligeras
Alas sentí de un ángel, como viento... !

XXXI.

A tí tan sólo amé, Virgen bendita !...
 Aquella dulce cita,
Esas sublimes ansias : todo, todo
Era perfume que subía al cielo,
 Desde el florido suelo
De un corazón aun no manchado en lodo !

La tarde.

XXXII.

¡ Cuán bella y melancólica la tarde !
 El sol en ocaso arde,
Hermoso, aunque á la muerte se avecina ;
Y del iris los vívidos colores
 Como lluvia de flores
Derrama sobre el valle y la colina.

XXXIII.

En misteriosa, mágica penumbra
 El crepúsculo alumbra,
Triste cual si llorara la partida
Del astro agonizante ; desmayado
 Rueda el viento en el prado,
Y la fuente murmura en voz sentida.

XXXIV.

El piadoso toque de oraciones
 Llega á los corazones,
Cual música de allá, del otro mundo ;
Y yace todo en plácido sosiego
 Sólo el silencio luego
Es cántico solemne, himno profundo.

XXXV.

La estrella de la tarde solitaria
 Asoma, y la plegaria

Brota del alma y en los labios suena.
“ Cuando amanece, y cuando muere el día,
“ Salve ! Virgen María !”
Se oye doquier cual música serena.

XXXVI.

En el cañaveral el viento gime,
Y en majestad sublime,
Con tu reposo y soledad asombras,
Solemne y triste, y al Señor levantas
Con notas sacrosantas,
Naturaleza, el himno de las sombras...

XXXVII.

¡ Tardes del tiempo aquel, siempre os recuerdo !
Vuestro aroma no pierdo
“ En la senda ; mi madre aún me dice :
No las olvides, nó, doquier que fueres...”
¡ Bellos anohecerces,
Os ama mi alma fiel, mi alma os bendice !

XXXVIII.

Mi corazón fué lira que su acento
Dado al pasar del viento
A Dios lo enviaba en éxtasis bendito :
Aunque hoy turbada esa apacible calma,
Alzase aún de mi alma
Mística resonancia á lo infinito.

XXXIX.

En la cumbre del monte, reluciente,
De mi heredad en frente,
Asomaba una estrella : esa era mía ;
Pues en ella, vestida de pastora,
Verte con faz de aurora,
Soñaba ¿ no era así ? Virgen María !

XL.

La indiana, melancólica bocina
 Gemía en la vecina
Heredad de unos pobres, y ladraba
El perro fiel en guarda de sus dueños,
 Y luego, como en sueños,
Cánticos nunca oídos yo escuchaba.

XLI.

Y arrobábame en lánguido embeleso
 La cadencia del rezo
Por infantiles labios repetida
Y brotada de amantes corazones ;
 Y en cándidas visiones,
De ángeles el descenso y la partida...

XLII.

¡ Amor de los amores, torna y llena
 Mi noche con serena
Lumbre primaveral ! Mas ay ! la onda
No la alta cumbre á repasar alcanza...!
 ¡ A Dios santa esperanza !
Ya no hay un eco que á mi voz responda !...

Ensueños.

XLIII.

Como duermen las aves en el nido,
 Absorto mi sentido,
Dormía de un cantar al blando arrullo,
Perfumado por místicos olores ;
 Y el aire era rumores,
Voces inciertas, plácido murmullo.

XLIV.

Inocente soñaba que contigo,
 De tu amor al abrigo

Pasaba yo las horas deleitosas ;
Estrechado, la frente me besabas
Y conmigo jugabas
Hollando césped, doshojando rosas.

XLV.

Y bajo el techo de modesta choza,
En soledad dichosa,
Mirábamos del tiempo la corriente
Rodar fugaz, en dulce arrobamiento,
Al susurro del viento,
Al resonar del agua del torrente.

XLVI.

Y luego te veía, triscadora,
Guiar, santa pastora,
Tu rebaño entre rosas y tomillo :
Ya la oveja feliz tu pié besaba,
Ya en tus faldas jugaba
Como un niño, travieso corderillo.

XLVII.

Amorosa llamándome “¡ hijo mío !”
Como tenía frío
Me abrías tu regazo y mi cabeza,
Reposaba á la sombra de mi dueño !
¡ Ay fugitivo ensueño,
¡ Sublime amor de espiritual belleza !

Nochebuena.

XLVIII.

Con el aura gentil de las florestas
Venía, y con sus fiestas
Diciembre el de las noches celestiales ;
Y tú esperabas con afán prolijo

La llegada de tu Hijo,
Hijo de los misterios eternos.

XLIX.

Los pájaros cantaban, y cantaban
Los niños ; repicaban
Alegres las campanas de la aldea ;
Las músicas se oían del cariño,
Y “ ¡ El mes, el mes del Niño ! ”
Todos decían “ bien venido sea ! ”

L.

¡ Luz el espacio y el ambiente olores,
Y la campiña flores !
Hasta la humilde dolorida quena
De una raza humillada, antes dichosa,
Inundaba la choza
Con aires de un cantar de Nochebuena.

LI.

En medio los transportes del contento,
Se alzaba el Nacimiento
Entre pajas y césped florecido :
Allí los de Belén templos y muros
Y recintos oscuros
Valles, chozas, redil, bosque escondido...

LII.

Apacentaban el rebaño en flores
Inocentes pastores,
Y triscaban alegres corderuelos ;
El labrador feliz el campo araba
Y en el umbral, hilaba
La esposa entre traviesos pequeñuelos.

LIII.

Los Reyes del Oriente hácia la gruta
Proseguían la ruta

De una estrella á la luz, también viajera.
Y allá el Portal, el asno el buey altivo,
 Mirando compasivo
Cual si de Dios la humillación sintiera.

LIV.

Y adentro estabas tú, Madre bendita,
 Luciendo la infinita
Luz del Cielo en el rostro candoroso ;
Los ángeles fervientes acudían,
 Y aun los aires sentían,
Y adoraba hasta el asno, silencioso.

LV.

De aquel pesebre humilde tras el velo
 Se adivinaba el cielo ;
Allí del Mago tras la rica ofrenda,
• Y del pastor tras los humildes dones,
 Amor de corazones,
De una alianza inmortal segura prenda.

LVI.

Adoraba feliz tu esposo amante ;
 Y allí el precioso Infante,
Como un botón de rosa florecido,
Mostrábase entre vívidos reflejos ;
 Y decían los viejos
“ Tal, lindo como está, debió haber sido.”

LVII.

En éxtasis, piadosa como bella,
 La púdica doncella
“ A mis brazos ven ya, Niño esperado ;
Clamaba, “ muestra al fin tus ojos bellos
 “ Me ganarás con ellos,
“ Me hará inmortal tu beso regalado !”

LVIII.

Y los niños decían “ ¡ Amor mío !
Ay ! tendrás tanto frío
Sobre esas pajas ” ... ¡ Plácidas dulzuras !
¡ Cuán inocente amor ! De todos ésta
Era la ansiada fiesta !
¡ Gloria en la tierra ! gloria en las alturas !

LIX.

Recuerdo el tiempo aquel ¡ bendito sea !
El templo de la aldea
Llenábase del humo del incienso.
Allí humilde portal, rústico ramo
Y hasta de la era el tamo,
Mas ¡ cuán inmenso amor y gozo inmenso !

LX.

En el campestre, blanco sombrerillo
Que en arreo sencillo
Ponían á la Madre en Nochebuena,
Albo plumaje airoso estremecía
El aura que venía
De los perfumes de los prados llena.

LXI.

Y acudían pastoras y pastores,
Los buenos labradores,
Las tiernas madres, el cansado viejo,
El chicuelo inocente, la aldeana,
Tan hermosa y lozana,
Con su pañuelo y corto zagalejo.

LXII.

El Niño sonreía entre las pajas,
Chillaban las sonajas
Y el tamboril y el pífano sonante :

Y las coplas de amor del Nacimiento
Pasaban con el viento,
Regocijando al corazón amante.

LXIII.

Entre el incendio de las secas haces
Bailaban los rapaces
Al són del propio canto, y se alegraba
Hasta la indiana gemebunda quena,
Y el cobete en la serena
Atmósfera, entre chispas estallaba.

LXIV.

Y la turba á la vera del camino,
Alegre y ya sin tino
Agotadas las ánforas se lanza,
Al resonar de campesina orquesta,
En tumultuosa fiesta,
Entre el bullicio de la loca danza.

LXV.

Y llénanse las copas placenteras
En torno á las hogueras
Que bañan con su luz las heredades,
Y en todo corazón anida el gozo...
¡ De Belén Niño hermoso,
Salve, huésped de aquellas soledades !

LXVI.

Cariñoso pusiste allí tu cuna,
Pobre como ninguna,
Mas, oliente á romero y á tomillo !
Eres, cual hijo de pastores, triste,
Y sobre hojas naciste
Como en su nido humilde pajarillo !...

Mayo.
LXVII.

Tú de mis penas y mi amor testigo,
Ven, piadoso amigo :
Llegó ya la estación de la plegaria,
La estación de las flores... Mayo! Mayo!
Mas ay! hondo desmayo
Llena cual hielo el alma solitaria!

LXVIII.

Hoy como ayer, risueña y bulliciosa,
Primavera, de rosa
La faz, viene y derrama en su carrera
Espigas, hojas, plácidos rumores...
¡ Juventud de las flores
Encanto de las almas! ¡ primavera!

LXIX.

¡ Cuánto gemir en el nativo río,
Que desde el bosque umbrío
La verde grama borda con espumas !,
Músicas y perfumes en el suelo ;
Y en el límpido cielo,
Aves y nubes, irizadas brumas!

LXX.

El valle cual colmado canastillo
Luce su pompa al brillo
Del sol : allí el rosal en el sendero
Vierte copia de flores dadivoso,
Y el maiz el airoso
Plumaje de su sien suelta altanero.

LXXI.

Entre toldos de verde enredadera
A la opuesta ribera

Su brazo extiende la orgullosa puente,
Y vestida de flores y de grama,
 Los aires embalsama
Y se mira en la límpida corriente.

LXXII.

Y en vértigo la rueda del molino
 Gira entre el torbellino
De las hirvientes aguas; cubre el techo
El rico polvo, como blanca gasa,
 Y adentro, el trigo pasa
De la ancha tolva en la prisión, estrecho.

LXXIII.

Allí, bajo la sombra de ese sauce,
 Duerme el agua en el cauce,
Y apenas sí murmura con voz queda.
Los árboles despiden nuevo grumo
 De hojas, do lento el humo
Del hogar sube en ondas y se enreda.

LXXIV.

Enfrente, á un lado y otro las montañas,
 Y á su pié mil cabañas
Que esmalte son á la campiña leda.
Y la ciudad cual nido de palomas,
 Y detrás, verdes lomas,
Y los ríos plateando la arboleda.

LXXV.

¡ Oh valles de la patria deleitosos,
 ¡ Oh retiros dichosos
Del amor y la paz, donde los huertos
Están siempre y los setos florecidos
 Y calientes los nidos,
Y es alegre aun la casa de los muertos !...

LXXVI.

— Dame te dije en estos valles míos,
Entre sauces sombríos,
Un nido ¡ oh Virgen ! antes que sucumba—
Y hoy que es sombra de sombras mi esperanza,
Si mi voz no te cansa,
—Quiero un sauce en mis valles y una tumba...!

LXXVII.

En la ciudad y el pobre caserío
¡ Oh infausto dolor mío !
Oigo con pena ya, “¡ Mes de María !”
Con pena, pues que mi alma es un santuario,
Sin aras, solitario,
Regado de hojas secas, Madre mía !

LXXVIII.

Tù lo sabes muy bien ¡ ay ! tù bien sabes
Que los perfumes suaves
De mis años floridos en el viento
Los derramé indiscreto. ¡ Fiel amigo,
De mi dolor testigo,
Ese canto de ayer es un lamento !...

LXXIX.

Ah ! bien quisiera vuelvan á la vida
La esperanza perdida,
Esos sueños de amor encantadores,
Esas ideales, castas hermosuras...
Mas, aquellas venturas
Fueron flores, y han muerto como flores.

LXXX.

Amigo ! Vamos, dices— y respondo
Tras largo silencio hondo,
Con triste voz cual de las cañas huecas :

—Vamos!... Daré á mi Madre por tributo
De mi alma envuelta en luto
¡Pobre de mí! mi ofrenda de hojas secas!..

Idilio.

LXXXI.

Agosto con sus hojas amarillas
Venía, y las sencillas
Vendimias en las rústicas cabañas;
Llevaba el río su caudal escaso,
Y, á un sol como de ocaso,
Aureas reverberaban las montañas.

LXXXII.

¡Oh alegría de tiernos corazones!
Primeras vacaciones!
Gozo como ninguno. Las campanas
Clamaban en la iglesia: los hogares
Con plácidos cantares
Inundaban contentas aldeanas.

LXXXIII.

La catarva de alegres segadores,
Rebaños y pastores,
Acudía en tropel á los sembrados;
Y, á la hoz rendidas las gavillas de oro,
Cúmulo á su tesoro
Hallaban en la grama de los prados.

LXXXIV.

Paciendo del rastrojo entre las flores,
El vellón en olores
Y rocío el rebaño lo empapaba;
Y los desnudos pies la espigadora
Por la mies brilladora
Cual dos rosas gemelas resbalaba.

LXXXV.

Y apura, al resonar de la bocina,
 La turba campesina
El rebotante búcaro que inflama
El pecho decaído en la fatiga
 Y á nuevo brío hostiga,
Aunque el sol vierta abrasadora llama.

LXXXVI.

En la éra va lloviendo el rubio grano,
 Y al viento en polvo vano
Vuela la paja quebrantada. Denso,
De chozas y alquerías se levanta,
 Como en ofrenda santa
El humo, del hogar rústico incienso.

LXXXVII.

Y entre manteles de mullida yerba,
 La cansada caterva
Toma contenta la ración diaria:
Rien el niño y el anciano grave,
 Y antes que el gozo acabe,
Se oye el sordo rumor de la plegaria...

LXXXVIII.

Con la postrera luz el ocaso arde:
 La estrella de la tarde,
Cual la primera lágrima de duelo
Que á una virgen abrasa la pupila,
 Misteriosa escintila
En los profundos ámbitos del cielo.

LXXXIX.

Y dichoso, acabada la faena,
 La alma de gozo llena,
Cuando los campos cubre sombra parda,

El labriego á las puertas de su choza
Llega, mientras la esposa
Junto al hogar, con la oración le aguarda...

XC.

Una tarde, acabado mi paseo,
En amante deseo
Esperé que en el cielo apareciera
Tu estrella, Madre : fulguró á mis ojos,
Y rendido de hinojos
Sentí el afán de mi piedad sincera...

XCI.

En el campo entre flores y gavillas,
Postrado de rodillas,
Y en emoción incógnita deshecha
El alma, conmovíase envidiosa
Viendo la mies copiosa,
Si rico el labrador, tú sin cosecha.

XCII.

—Mi corazón, tu campo ; tú lo riegues,
Tú sus espigas siegues,
Labradora de amor... Cual vil cizaña,
Afecto extraño á tí, consume el fuego,...
Campo árido te entrego,
El dará frutos si tu luz lo baña.—

XCIII.

Así grité en solemne juramento,
Y mi piadoso acento
Con el solemne toque de oraciones
Que elevaba el distante campanario,
Juntó el viento voltario,
Y del cielo lanzóse á las mansiones.

XCIV.

Sollozante de amor, bañéme en llanto...
 ; Ay! como lloré tanto
La frente sobre el polvo desplomada,
De esa efusión de amor llevé conmigo,
 Como tierno testigo,
Una flor en mis lágrimas bañada....

XCV.

Confidente de místicas congojas,
 La puse entre las hojas
Del libro aquél donde rezar solía....
—Tú serás inmortal cual mi ternura,
 ; Oh! flor de mi alma pura—
Sollozando de amor, así decía!....

XCVI.

Vino otro Agosto, y de su madre al lado,
 Trémulo, acobardado,
Ví una niña, y hallé que sus miradas
Nadando en luz, buscábanme los ojos ;
 Y con castos sonrojos
Sentimos del amor las alboradas....

XCVII.

¡ Fugaces, ¡ cuán fugaces vacaciones !
 De nuestros corazones
Al unísono són cómo velaron !
Cual el sauce en la fuente embebecido,
 En mi afecto absorbido
Mis memorias de ayer, ya no me hablaron !....

XCVIII.

—Que entre gavillas una vez lloraste,
 Recuerdo me contaste...
Dame esa flor que la bañaste en llanto :

¿ Lo que es tuyo ¿ verdad ? no es también mío ?
La flor mirar ansío
De la primera edad tributo santo.—

XCIX.

La niña así me dijo aquella tarde,
¡ Y me rendí cobarde !...
El libro abrí donde rezar gustaba ;
Y aun olorosa á dulce primavera,
Mi casta flor primera
Perfumes de otros tiempos exhalaba.

C.

Luego en sus manos la tomó jugando,
Y luego al aire blando
Tendidos los cabellos, triscadora,
Corría del arroyo por la orilla ;
Y sin pensar, sencilla,
Soltó la flor en la onda voladora.

CI.

—Ay—!clamó yerta con doliente acento !
Hondo estremecimiento
Sentí en mi ser ! la ofrenda consagrada,
En la primera edad llorando á solas,
Lleváronse las olas
Con mi piedad de niño inmaculada !

CII.

Ella mustia lloró ! con la mirada
En la onda agitada
La flor buscando en ansiedad sincera...
Y yo sentí por élla... Y con la palma
Limpióse el llanto... Ay ! alma
Quedaste luego en paz ; quién lo creyera !

CIII.

Y por darme consuelo, con trabajo
Dorada espiga traje
Del campo y me la dió, bañada en lloro,
—La sembraremos, crecerán los trigos,
De nuestro amor testigos!—
Le dije, recibiendo ese tesoro.

CIV.

—Así cual brotará los tiernos granos
Uno al otro cercanos,
Nuestros mutuos afectos juntaremos.
—De cada grano nacerá una espiga
Y otra... ¡Oh mi tierna amiga,
Nuestro amor hasta el cielo eternicemos!

CV.

Y volvimos á casa: ya la sombra
Derranaba en la alfombra
Del prado su rocío, y sobre el monte,
Al hablarnos de amor, luciente y bella,
Se alzó mi casta estrella,
En el negro confín del horizonte.

CVI.

—¡ Bendita estrella dijo ¡ esplendorosa !
—Cual tus ojos hermosa.
Dije ¡ y ella repuso—Tengo miedo !
Y una sombra pasó sobre mi frente...
—Tengo miedo, doliente
Clamé triste á mi vez ! vamos ! no puedo...!

CVII.

A Dios ! estrella de mi amor querida !
Ya de sombra vestida,
No te ví más ! adentro mis entrañas,

De tormentoso cierzo sentí el frío,
Y escuché que sombrío
Pasó el trueno rodando en las montañas...

CVIII.

Miseros devaneos ! En la tierra,
Cual á un muerto se entierra,
Nuestra espiga sembramos : fresco riego
En las semillas cándidos vertimos,
Y ramas les tendimos
A suavizar del sol el vivo fuego.

CIX.

De leves hojas esmaltóse el suelo,
Mas las aves del cielo
Arrancaron el tallo esmeraldino,
Y al panteón de mi infeliz espiga
Cerró la vil ortiga,
Y cubrióse de yerbas el camino...

CX.

Aun más que la del trigo vida leve
Fué esa ventura breve...
Pero pródigo fuí de mi cariño
En aras de aquel idolo de un día ;
Y te olvidó, María,
Adolescente el que te amó de niño.

CXI.

Ay ! mi piedad filial desvanecida !
¡ Ay mi inocente vida !
¡ Oh codiciosa edad ! todo lo invades
Metes la ruda mano en la conciencia :
Arrancas la inocencia
Y desatas ardientes tempestades !

CXII.

¡ Ay adorada Madre, Madre mía,
Ya no soy cual solía,
Pues hoy mi llanto mancha tus altares ;
Y este dón de mis lágrimas no exhausto
Es mi único holocausto,
Amargo como la onda de los mares.

CXIII.

Hoy de mis labios sale voz de angustia,
Es ya cadencia mustia
El canto del Rosario... La sonante
Arpa de mis cantares está rota,
Y la plácida nota
De otros tiempos es nota sollozante.

CXIV.

Y hoy la copa de amor en que bebiste.
¡ Mengua de esta alma triste !
Aun manchan viles heces. Profanado
Mi corazón es sólo una ruina,
No la ofrenda divina,
El triste dón en lágrimas bañado...

Plegaria.

CXV.

Aun vuelvo á tí mi rostro dolorido,
Con amargo gemido
Y en tinieblas envuelta la mirada ;
Y tiemblo ver las luces del ocaso,
Y mustio, paso á paso,
Llorando sigo mi áspera jornada.

CXVI.

¡ Oh santa Madre, del linaje humano !
Ven besaré tu mano

Tu bondadosa mano ; y vuelva luego
El solaz tierno, la piedad sincera
Y de mi edad primera
Ese de puro amor templado fuego...

CXVII.

¡ Tu amor que huyó tal vez mi ingrato pecho !
En el mortuorio lecho
Madre, vuelvo cual Lázaro á la vida...!
Hoy tuya es ya la ofrenda de mis penas,
La sangre de mis venas
Y mi alma por el llanto redimida !

CXVIII.

Presto veré las luces del ocaso,
¡ Ay presto echará el lazo
A mi garganta el enemigo fuerte...
Entonces, Virgen del Amor Hermoso,
Dame eternal reposo,
Tras las amargas luchas de la muerte !

REMIGIO CRESPO T.

Cuenca, 31 de Mayo de 1885.

ERRATAS.—En la estrofa III, el tercer verso dice : Luce en el alma y *desaparece* ; Léase : *desparece*. El sexto verso de la XLIV dice : Hollando césped, *doshajando* rosas ; Léase *des-hajando*. El primero de la CIV dice : Así cual *brotará* los tiernos granos. Dígase : así cual *brotarán*.